

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un volumen.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol. (Agotada.)
LA MADRE NATURALEZA, dos vol. (Idem.)
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas).

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos vols. (10 pesetas en rústica y 12 encuadernados).
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición, un volumen (5 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCON. (Biografía.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

EN PRENSA

LOS PAZOS DE ULLOA. Novela. (Segunda edición.)
LA MADRE NATURALEZA. (Id., id.)

NUEVO

TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZAN

AÑO II. FEBRERO, 1892. NÚM. 14.

SUMARIO

- I.—CUENTOS DE NAVIDAD. — LA NOCHE BUENA EN EL LIMBO.
- II.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL: I.
- III.—LA VENERABLE DE AGREDA.
- IV.—UN DRAMA PSICOLÓGICO EN LA HISTORIA: DOÑA JUANA LA LOCA, SEGÚN LOS ÚLTIMOS DOCUMENTOS.
- V.—CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL.
- VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

ADMINISTRACIÓN

ANCHA DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL
MADRID

—
ES PROPIEDAD
—

IMPRESA DE LA SOC. EDITORIAL DE SAN FRANCISCO DE SALES
Flor Baja, 22.—Teléfono 3181.



CUENTOS DE NAVIDAD

—

LA NOCHE BUENA EN EL LIMBO ¹.

Al llegar á la puerta blanca, mi guía me dejó. Yo había visto contraerse el semblante del réprobo según nos acercábamos, y movida á compasión, le dije: «Basta ya. Entraré sola. Maldita la falta que me hacen en el Limbo pajes, escuderos ni rodrigones. No habrá más que chiquillería, porque las almas de los Santos Padres las sacó Cristo cuando descendió aquí; todas salieron cogidas á un cabo de la cuerda con que los sayones habían amarrado al Dios-Hombre.»

Gimió el poeta, y se guardó bien de acercarse al umbral de la soñolienta man-

¹ Los cuentos que anteceden á éste, titulados *La Noche Buena en el Infierno* y *La Noche Buena en el Purgatorio*, han visto la luz en *El Imparcial*.

sión. Yo empujé la puertecilla, y bajé por amplia gradería de alabastro pálido, que me condujo á inmenso patio rectangular. En su centro manaba una fuente plañidera, diminuta, que de tazón á tazón revertía gotas muy semejantes á cristalinas lágrimas. Al lado de esta fuente divisé otra no mayor, de basalto negro; el chorro que rebotaba en los platillos me pareció de sangre, que fluía en hilos bermejos y salpicaba el piso de placas redondas y oscuras. Entre ambas fuentes ví á un niño como de seis á siete años, en pelota, semejante á una estatueta de museo. La cara del niño me asombró: su entrecejo fruncido, sus chispeantes y altaneros ojos, no correspondían á edad tan tierna. El rapaz se entretenía con las dos fuentes, sepultando las manos en el sangriento chorro y bebiendo ansioso el raudal de lágrimas.... Le llamé, y acudió orgulloso y marcial, clavando en mí sus ojos fascinadores de aguilucho.

—¿Quieres tú acompañarme?—pregunté á la criatura.

—Sí—contestó lacónicamente.— Aunque ya, viéndome á mí, has visto lo mejor.

—Dime—exclamé señalando á los guantes rojos que cubrían hasta el codo sus bracitos.—¿Qué son esas dos fuentes? ¿Por qué estás ahí hecho un carnicero, todo mojado y ensangrentado?

El rapaz me flechó de nuevo sus terribles pupilas, y sólo respondió, frunciendo el ceño adusto:

—Mírame bien.

Me bastó la primer ojeada. ¡Qué torpeza la mía! Estaba hablando. La frente vastísima; los ojos profundos y ardientes; las pálidas y esculturales mejillas; los delgados y apretados labios, de líneas correctas; la barbilla acentuada y firme, con meseta redonda: el perfecto tipo de un gran bronce romano.... Así, así debía de ser en la primera infancia el Capitán del siglo.

—No pensé hallar en el Limbo á Napoleón,—dije risueña y con muchísimas ganas de regalarle un saco de confites al vencedor de Austerlitz.

—No soy Napoleón,—declaró la vocecilla, aunque infantil, bronca y extrañamente grave....—Napoleón, á mi lado, se quedaría tamañito. Yo nací al pie del Cáucaso, y mi destino era conquistar toda el Asia sometiéndola al poder de Rusia, y arrojando luego sobre Europa las gentes ya sujetas á mi yugo. No dejaría títere con cabeza. ¡Gran zarabanda histórica! El imperio alemán, hecho polvo. Media Confederación germánica incorporada al Imperio moscovita, Italia repartida entre Austria y Francia. Los españoles trasladados al África, y los ingleses....

—¡Santo Dios!—interrumpí.—¿Todo eso pensabas hacer, mocoso?

—¡Y lo haría!—gritó el héroe en miniatura.—Ese era mi papel en el mundo. Sólo que una tarde, andando á guerras con otros chicos de mi lugar, tanto sudé, que al enfriarme cogí una fiebre maligna....

—Y cádate salvada á la culta Europa,—añadí intentando besarle aquella carita tan fiera y tan salada.—De modo que las fuentes....

—Son la sangre y el llanto que yo tenía que hacer correr.—Aquí me sirven de pasatiempo. ¡Si vieses qué rico, bañarse en los dos pilones! Las lágrimas tienen fama de amargas, pero á mí me saben á miel, y la sangre tibia y líquida despide un olorcillo fragante.... Ven, que te enseñaré la sala grande, la Inclusa general. No creas, yo no voy nunca. No me rozo con semejante patulea. ¡No faltaba más! He acotado para mí este patio, y juego solo. No pienses que no tengo más juguetes que las fuentecitas. Te enseñaré barajas de pedazos del mapamundi: con ellas hago solitarios, y me echo las cartas y me predigo el porvenir. También poseo una escuadrilla de acorazados de hojalata y caña, unas baterías de cañones de plomo, y resmas de estampas de soldados, y horror de sables de madera. Á cada instante me los piden prestados los memos de la Inclusa.... Ven, los verás.

Su mano diminuta y febril asió la mía, y cruzando un pórtico sin color, entramos en un salón gigantesco, pero frío,

desnudo, de grises paredes, de aspecto cuartelario. Era lo que mi guía, el dominador del orbe, llamaba despreciativamente la Inclusa.— El inconmensurable recinto estaba atestado de chiquillería; era un océano de gente menuda. No intenté contarla, ni siquiera calcular aproximadamente su número. Imaginaos leguas y leguas de terreno cubiertas de mies; figuraos un pomar sin límites, cuajado de manzanas; suponed un colosal aprisco donde las ovejas hierven, ondean, se empujan, se encaraman unas sobre otras; así rebullían y pululaban los retoños humanos en la Inclusa límbica. Asombraba y entristecía considerar tal floración de capullos helados antes de abrirse, tanto fruto verde tronchado por el granizo, tanta cuna vacía, tanta desesperada madre.

No quiero decir la algarabía que armaban los chicuelos. Habíalos de muy diversos tamaños, desde el rorro coloradillo, recién salido del claustro materno, hasta el diablejo ya talludo; y de su masa con-

fusa brotaba un coral análogo á los de Wagner, en que el llanto estrepitoso, el gemido desconsolado, la carcajada, el berrinche, el pataleo, el gorjeo, se unían en un solo acorde estridente, irónico, arrancado á las cuerdas de infernales violines....

¡Y qué hervidero de cabecitas! Resguardada por la gorrilla de tres piezas, la blanda y abierta chola del mamón; aureolada por rubias sortijas, la del angelote de un trienio; con melena á lo Villamediana, negra y brillante, la del caballero de siete; aquí la pelambreira erizada y cerril del mendigo callejero; allí los bucles de seda de la menina aristocrática; ya la pelona del escolar, ya la aplastada montera de crín del aldeanillo.... Luego los cráneos étnicos, dignos del escaparate de un Museo antropológico: en los oscuros vástagos de la raza de Cam, la vedija lanosa; en los amarillentos *muscos* japoneses, el cerquillo frailuno.... ¡Qué cabecitas tan curiosas! Daban impulsos de ir cogiéndolas como

quien coge flores, y formando un ramillete....

¿Qué hacían las pobres criaturitas muertas?

Lo que de vivas. Jugar. Y con la explicación anterior de mi guía, comprendí perfectamente el sentido de sus juegos. —En aquel rapaz que apila duros de chocolate, y los cuenta, y los recuenta, y se los guarda muy envueltos en un papel, se ha perdido un avaro..., es decir, no se ha perdido nada. Aquel que se abraza á un rocinante de cartón, y lo acaricia, y lo halaga, y lo mira con embeleso... hubiese sido un miembro del Jockey-Club, un *sportman* de esos que besan á sus caballos vencedores en las carreras y cruzan á latigazos á sus queridas. —Un muchacho se arrodilla ante una muñeca vestida de raso, con cara de porcelana, que abre los ojos y dice *papá* y *mamá*... ¡Feliz rapazuelo! La muñeca no le destrozará el corazón engañándole, como se lo destrozaría, si hubiese vivido, la mujer que la muñeca simboliza.... La

niña que da biberón á un bebé articulado, no tendrá que llorar su muerte, como lloraría la del hijo que figura ese bebé. La imagen de la vida, en una comedia de marionetas; el destino representado por el juego..., esto es el Limbo.—Me volví y le hice esta observación al conquistador malogrado.

—Sí, sí...—murmuró él.—Todo eso será verdad, pero á mí no me consuela. Yo quisiera haber vivido, y saber lo que es una batalla, no de mentirijillas, sino de verdad; con soldados de carne y hueso, caballos que corran solos, cañones de acero que disparen balas formales, y mi escuadra navegando en un mar real y efectivo, con olas, con tormentas, con viento, con truenos y rayos!

Al expresarse así, rugió el Napoleoncillo en agraz, y una lágrima saltó de sus lagrimales perfilados y duros.

Allá para mis adentros me pareció que el cachorro de león no iba descaminado. Aquella vida humana expresada con juguetes, con monigotes rellenos de serrín,

con cartones y pinturas baratas, con aleluyas y cromos, debía de hacerse intolerable por su falsedad mezquina. Era la insulsez, la mentira sin velos de ilusión, lo abstracto, lo glacial, lo inerte, lo que ni llena ni aplaca la sed instintiva de vivir....

—Nosotros, — añadió bruscamente el guerrerillo, — no sabemos nada de nada. ¡Como que estamos en el Limbo siempre! Sólo hoy, día de Noche Buena, á la hora en que nació Cristo, vemos *algo* real, *algo* que no es ni ficción, ni decoración de teatro.... Y la hora se acerca.... Me parece que suena ya.

Un cluenco reloj de latón dió doce campanadas, y noté una azulada claridad venida de lo alto, que iluminaba la Inclusa, difundiendo lenta y gradualmente por los ámbitos del enorme salón. Poco á poco se convirtió en resplandor dorado, y las paredes antes incoloras refulgieron como si fuesen fabricadas de purísimo diamante. En el fondo, entre radiantes irisaciones y sábanas de gloriosa lumbre, surgió un objeto espantoso:

era una cruz de madera, donde agonizaba un hombre. Le veíamos perfectamente. Su tronco, desplomado sobre las piernas que contraía y engarrotaba el dolor, presentaba las huellas acardenaladas de la flagelación, verdugones hinchados y negros. Respiraba estertorosamente, y de sus manos, traspasadas por los clavos, descendía gota á gota la sangre. Los niños miraban, sin comprender, angustiados, fluctuando entre romper á sollozar ó esconderse en los rincones, por no presenciar aquella lástima atroz.

—¿Ves?—exclamé yo dirigiéndome á mi guía infantil.—Eso real que sólo hoy, á estas horas, se os presenta.... eso es la Vida. Salir del Limbo es ir al martirio, rapaz.

El chico alzó la cabeza; miró ahincadamente al crucificado, y un estremecimiento le sacudió.... Era el escalofrío del horror silencioso. De pronto se volvió hacia mí, me contempló con arrogancia, y exclamó respirando firmeza y decisión inquebrantable:

—Pues yo quería vivir.